

LOS PARDAILLAN

MICHEL ZÉVACO

LOS PARDAILLAN

Traducción de José Manuel Fajardo



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Les Paradaillan*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far



«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del ministerio de Cultura».

Primera edición: abril de 2025

© de la traducción: José Manuel Fajardo, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-0928-7

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Dep.Leg.: B 2442-2025

Impreso en España

I

Los dos hermanos

La casa era baja, con una sola planta, de aspecto humilde. Cerca de una ventana abierta, sentado en un sillón señorial, estaba un hombre, un anciano alto de cabellos blancos, con una de esas fisonomías duras que lucían los capitanes que habían sobrevivido a las epopeyas guerreras de la época del rey Francisco I.

Tenía fijada su mirada lúgubre en la masa gris de la mansión feudal de los Montmorency, que alzaba contra el cielo, a lo lejos, el orgullo de sus torres amenazadoras.

Luego apartó los ojos.

Un suspiro, terrible como una silenciosa imprecación, hinchó su pecho, y preguntó:

—¿Y mi hija...? ¿Dónde está mi hija...?

Un sirviente, que estaba arreglando la sala, le respondió:

—La señorita ha ido al bosque a recoger lirios de valle.

—Sí, es verdad; es primavera. Los setos están fragantes. Cada árbol es un ramo. Todo ríe, todo canta, todo son flores. Pero la flor más hermosa eres tú, mi Jeanne, mi noble y casta niña...

Su mirada, entonces, volvió a dirigirse hacia la formidable silueta del castillo encorvado sobre la colina, como un monstruo de piedra que acechara de lejos...

—¡Todo lo que odio está ahí! —exclamó—. ¡Ahí está el poder que ha terminado conmigo, que me ha aniquilado! Sí. Yo, el señor de Piennes, dueño antaño de toda una comarca, me veo reducido a vivir de una manera casi miserable, en este pobre rincón de tierra, ¡que es todo lo que me ha dejado la rapiña del condestable...! ¡Qué digo, seré tonto! ¡Seguro que ahora mismo debe estar pensando en cómo echarme de

este último refugio...! ¡Quién sabe si mañana mi hija tendrá siquiera una casa donde resguardarse! Oh, mi Jeanne..., estás recogiendo tus flores... ¡Quizá sean las últimas!

Dos lágrimas silenciosas abrieron un amargo surco entre las arrugas de aquel rostro desesperado.

De pronto, palideció terriblemente: un jinete vestido de negro estaba poniendo pie a tierra delante de la casa; luego entró y se inclinó delante de él...

—¡Demonios...! ¡El alguacil de Montmorency...!

—Señor de Piennes —dijo el hombre de negro—, acabo de recibir un papel de mi señor, el condestable, y tengo orden de entregároslo de inmediato.

—Un papel —murmuró el anciano, mientras un escalofrío de angustia lo sacudía entero.

—Señor de Piennes, mi misión es penosa: este papel que ve aquí es la copia de una sentencia del Parlamento de París con fecha de ayer, sábado 25 de abril de este año de 1553.

—¡Una sentencia del Parlamento! —exclamó apagadamente el señor de Piennes, enderezándose y cruzando los brazos—. Diga, señor. ¿De qué nueva manera me golpea el odio del condestable? ¡Veamos! ¡Diga!

—Señor —dijo el alguacil con voz baja y como avergonzada—, la sentencia establece que usted está ocupando indebidamente el dominio de Margency; que el rey Luis XII se extralimitó en sus derechos al otorgarle la propiedad de esta tierra y que debe ser restituida a la casa de Montmorency, y se le ordena devolver el castillo, la aldea, los prados y los bosques en el plazo de un mes...

El señor de Piennes no hizo ningún movimiento ni gesto. Tan sólo una palidez todavía más intensa se extendió por su rostro, y en el silencio de la sala, mientras afuera, sobre la rama de un ciruelo florecido, cantaba una curruca, su voz se elevó temblorosa:

—¡Oh, mi digno soberano Luis duodécimo! ¡Y vos, ilustre Francisco primero! ¿Saldréis de vuestras tumbas al ver cómo tratan a quien ha arriesgado su vida y vertido su sangre en cuarenta campos de batalla? ¡Regresad, majestades! ¡Y asistiréis al gran espectáculo de un viejo y despojado soldado que recorre los caminos de Isla de Francia para mendigar un pedazo de pan!

Ante tal desesperación, el alguacil se estremeció.

Furtivamente, depositó sobre una mesa el maldito pergamino, retrocedió, llegó a la puerta y se fue.

Entonces, se escuchó en la humilde casa un desgarrado clamor fúnebre:

—¡Y mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi Jeanne! ¡Mi hija se queda sin amparo! ¡Mi Jeanne se queda sin pan! ¡Montmorency! ¡Maldito seas tú y toda tu estirpe!

El anciano alzó sus puños crispados hacia el castillo. Sus ojos se contrajeron... y se desmayó.

La catástrofe era terrible. En efecto, Margency, que desde Luis XII pertenecía al señor de Piennes, era todo lo que le quedaba de su antiguo esplendor a aquel hombre, que había gobernado antaño la Picardía. Ante el derrumbe de su fortuna, se había refugiado en aquella pobre tierra, perdida entre los dominios del condestable. Y sólo un motivo de alegría lo había atado a la vida hasta aquel momento, con una alegría luminosa y pura; su hija, su Jeanne, su pasión, su adoración.

Los escasos ingresos de Margency ponían al menos la dignidad de su niña a salvo de toda maledicencia.

¡Ahora eso se había acabado! La sentencia del Parlamento suponía, para Jeanne y para su padre, una miseria vergonzante, una miseria siniestra, eso que el pueblo, con su ingenio para el epíteto pictórico, llama: ¡miseria negra!

★ ★ ★

Jeanne tenía dieciséis años. Delgada, delicada, orgullosa, de una elegancia exquisita, parecía una criatura hecha para embelesar las miradas; una emanación de aquella radiante primavera, semejante, por su gracia un tanto salvaje, a un espino blanco que tiembla bajo el rocío del sol naciente.

Aquel domingo 26 de abril de 1553, había salido a la misma hora que todos los días.

Había entrado en el bosque de castaños junto al que se alzaba Margency.

Eso había sido por la tarde. El bosque estaba lleno de perfumes. Había amor en el aire.

Bajo los árboles, Jeanne se puso a andar rápidamente, angustiada, con una mano sobre su corazón, murmurando:

—¿Me atreveré a decírselo? Esta noche, sí, ¡esta noche hablaré...! Le contaré este secreto tan formidable... ¡y tan dulce!

De pronto, dos brazos robustos y tiernos la enlazaron. Una boca trémula buscó su boca:

—Tú, ¡por fin!, amor mío...

—¡Mi François! ¡Mi querido dueño...!

—Pero ¿qué tienes, querida? Estás temblando...

—Escucha, escucha, François... ¡Oh! No me atrevo...

Él se inclinó y la envolvió con un abrazo aún más fuerte.

Era un joven hermoso de mirada franca, rostro dulce y frente alta y tranquila.

Sin embargo, ese joven se llamaba François de Montmorency... Sí, era el hijo mayor del mismo condestable Anne que acababa de arrebatarse al señor de Piennes el último resto de su fortuna.

Sus labios se unieron.

Abrazados, caminaron lentamente entre las flores abiertas, cuya esencia se expandía con misteriosos efluvios.

A veces un escalofrío sacudía a la joven amante. Se detenía, escuchaba y susurraba:

—Nos siguen... Nos espían... ¿Lo has oído?

—Será algún pájaro asustado, mi amor...

—¡François! ¡François! Tengo miedo...

—¿Miedo? Niña..., ¡quién va a atreverse siquiera a mirarte mientras mi brazo te protege!

—Todo me inquieta... ¡Tiemblo! Sobre todo, desde hace tres meses... ¡Ah! Tengo miedo...

—¡Querida! Hace tres meses que eres mía, y, desde la hora bendita en que nuestro amor impaciente se adelantó a las leyes de los hombres para obedecer la ley de la naturaleza, tú estás, Jeanne, más que nunca, bajo mi protección. ¿Qué temes? Pronto llevarás mi apellido. ¡Yo acabaré con el odio que separa a nuestros padres!

—Lo sé, mi dueño, ¡lo sé! Y, aunque esa felicidad no me estuviera reservada, sería feliz de ser toda tuya. Oh, ¡ámame, ámame, François!, ¡porque una desdicha pende sobre mi cabeza!

—Yo te adoro, Jeanne. ¡Juro por Dios que nada en el mundo podrá impedir que seas mi mujer!

Una risa apagada sonó a su lado...

—Por tanto —prosiguió François—, si alguna pena secreta te agita, confíasela a tu amante..., a tu esposo.

—¡Sí, sí...! Esta noche. Escucha, te esperaré a medianoche..., donde mi querida nodriza... ¡Tienes que saberlo...! Esta noche, me atreveré.

—A medianoche, pues, querida.

—Y ahora, ve, parte... Adiós... Hasta esta noche...

Un último abrazo los unió. Un último beso los hizo estremecer. Luego, François de Montmorency se apartó y desapareció en la espesura.

Jeanne de Piennes permaneció por un minuto en el mismo lugar, emocionada, palpitante.

Por fin, con un suspiro, se dio la vuelta y al instante palideció: había alguien delante de ella, un hombre de unos veinte años, de aspecto violento, mirada sombría y porte altivo.

Jeanne soltó un grito de sobresalto:

—¡Vos, Henri! ¡Sois vos!

Una inefable expresión de amargura crispó el rostro del recién llegado, quien, con voz ronca, respondió:

—¡Soy yo, Jeanne! ¡Parece que os asusto! Maldita sea, no tengo acaso derecho a hablaros... Como él... ¡Como mi hermano!

Ella seguía temblorosa. Y él prosiguió, rompiendo a reír:

—Pues si no tengo ese derecho, ¡me lo tomo! ¡Sí, soy yo, Jeanne! Yo, que, si no he podido oírlo todo, sí que al menos lo he visto todo. ¡Todo! Vuestros besos y vuestros abrazos. ¡Todo!, ya os lo digo. ¡Demonios! ¡Me habéis hecho sufrir como un condenado! Así que, ahora, ¡escuchadme! Por la sangre de Cristo, ¿no fui yo el primero en declararos mi amor? ¿Es que no valgo lo que François?

Una extraña dignidad exaltó a la joven.

—Henri, os quiero y os querré siempre como a un hermano..., el hermano de aquel a quien he entregado mi vida. Y mi cariño por vos es grande, ya que nunca le dije una palabra a François... y nunca se la diré... ¡Nunca!

—¡Ah! ¡Si así obráis es para ahorrarle a él inquietudes! ¡Decidle, pues, que os amo! ¡Que venga, armas en mano, a pedirme cuentas!

—¡Exageráis, Henri! Esas palabras me resultan odiosas, ¡tengo que hacer un gran esfuerzo por recordar que sois su hermano!

—¿Su hermano...? Su rival. Pensadlo, Jeanne.

—¡Oh, François mío! —dijo ella, juntando las manos—. ¡Perdóname por haberlo escuchado y haber callado!

El joven apretó los dientes, y soltó entrecortadamente:

—¡Así que me rechazáis...! ¡Decid! ¡Decid, pues...! ¿Calláis...? ¡Ah! ¡Tened cuidado!

—¡Ojalá que la amenaza que veo en vuestros ojos caiga tan sólo sobre mí!

Henri se estremeció.

—Hasta la vista, Jeanne de Piennes —rugió—. ¿Me oís? Hasta la vista..., ¡no adiós!

Sus ojos se inflamaron. Con gesto violento, sacudió la cabeza como un jabalí herido y partió precipitadamente a través del bosque.

—¡Ojalá que sólo me golpee a mí! —balbuceó Jeanne.

Y, al decir estas palabras, algo desconocido, algo lejano, inexpressible, se estremeció en el fondo, en lo más hondo de su alma. Con gesto instintivo, se llevó las manos a los costados y cayó de rodillas, presa de un terror loco, y balbuceó:

—Sí, ¡sólo a mí!, pero, por desdicha, ¡no se trata sólo de mí! Llevo dentro un ser que vive y que quiere vivir, ¡y al que no puedo dejar morir!

II

¡Medianoche!

Sobre el valle de Montmorency pesaban el silencio y las tinieblas de una noche sin luna. A lo lejos, el perro de alguna granja ladraba a la muerte. En el campanario de Margency sonaron, lentamente, las once.

Jeanne de Piennes se enderezó para contar las campanadas, deteniendo su rueca, y murmuró:

—Querido hijo de mi amor, mi pobre angelito, ¡quién sabe qué dolores te reserva la vida...!

Calló por un buen rato. Luego, mientras se formaba un pliegue en su frente, continuó:

—¿Por qué mi padre parecía tan perturbado cuando regresé esta tarde, como aquejado por algún mal desconocido...? ¿Por qué me abrazó contra su pecho tan convulsivamente? ¿Qué pálido estaba! He intentado en vano arrancarle su secreto... ¡Pobre padre! Qué no daría yo por cargar con parte de tu pesar... Pero no has querido decirme nada... Sólo llorabas mientras me mirabas...

Sus ojos se detuvieron en una imagen enmarcada sobre la pared.

Se levantó, se acercó a ella y se arrodilló juntando las manos.

—Nuestra Señora, dicen que eres madre de las madres, y que todo lo sabes y todo lo puedes. Haz que mi dueño y amante no rechace al niño que quiere vivir. Virgen, Virgen buena, haz que el fruto de mis entrañas no sea maldecido... ¡y que sólo yo lllore la falta...!

Sonaron las once y media... Esperó un rato más, con una angustia que le oprimía el corazón...

Por fin, apagó el candelabro, se envolvió con un manto y, tras empujar la puerta, caminó hacia una cabaña situada a cincuenta pasos.

Al llegar junto al seto perfumado de rosas salvajes, le pareció que una sombra, de forma humana, se alzaba del otro lado de éste.

—¡François...! —llamó ella, palpitante.

No hubo respuesta... y, sacudiendo la cabeza, ella prosiguió su camino.

Entonces, la sombra se puso en movimiento, se deslizó hacia el hogar del señor de Piennes, fue directamente hasta una ventana iluminada y la golpeó con fuerza.

★ ★ ★

El señor de Piennes no se había acostado todavía.. Se paseaba por la sala con pasos lentos, con la espalda encorvada y la mente perdida en una pregunta espantosa: ¿qué iba a ser de Jeanne? ¿A quién confiarla? ¿A quien pedir, mendigar, hospitalidad? Hospitalidad para ella, ¡sólo para ella...!

El golpe en la ventana detuvo súbitamente su triste deambular y lo inmovilizó, palpitante, a la espera de una última catástrofe.

Golpearon más fuerte, más imperiosamente.

El señor de Piennes, entonces, abrió, miró...

Y un rugido de odio, de dolor y de desesperación desgarró su garganta... Quien tocaba era Henri de Montmorency, juno de los hijos de su implacable enemigo!

El anciano se volvió, de un salto corrió hasta una panoplia de armas, descolgó dos espadas y las arrojó sobre la mesa.

Henri había franqueado la ventana, saltándola, azorado.

Los dos hombres estaba frente a frente, lívidos, crispados, fuera de sí.

Jadeaban, incapaces de decir palabra.

Con gesto violento, el señor de Piennes señaló las dos espadas.

Henri sacudió la cabeza, se encogió de hombros y agarró la mano del viejo.

—No he venido a medirme con vos —dijo con voz demente—. ¿Para qué hacerlo? Os mataría. Y, además, ¡yo no os odio! ¿Es acaso asunto mío que mi padre os haya desgraciado? ¡Lo sé! ¡Oh, lo sé! Por causa del condestable, vos habéis perdido vuestro gobierno y vuestras tierras de

Piennes han sido confiscadas. Eras rico y poderoso, ¡ahora sois pobre y miserable!

—Entonces, ¿qué has venido a hacer aquí? ¡Habla! —rugió el viejo capitán soltándole la mano y descargando un formidable puñetazo sobre la mesa—. ¡Tu presencia en esta casa es el último ultraje! ¡Y ni siquiera quieres batirme! Entonces, ¿vienes a provocarme? ¿Te envía acaso tu padre porque no se atreve a venir él mismo? ¿Has venido a ver si el golpe que me propina me ha matado? ¡Habla! O doy fe de mi odio mándote ahora mismo.

Henri se limpió el sudor que le inundaba el rostro con el dorso de la mano.

—¿Quieres saber por qué estoy aquí? Pues porque sé que la miseria que te abrumba se debe a los Montmorency. Sí, conozco tu odio, anciano insensato, y por eso vengo a preguntarte si no es acaso un sacrilegio abominable ¡que Jeanne de Piennes sea la amante de François de Montmorency!

El señor de Piennes se tambaleó. Una nube roja pasó delante de sus ojos. Sus pupilas se dilataron. Su mano se levantó para un insulto supremo.

Henri de Montmorency, veloz como un rayo, agarró aquella mano y la apretó hasta estrujarla.

—¡Lo dudas! —rugió—. ¡Viejo atontado! Te digo que tu hija, en este mismo momento, está en los brazos de mi hermano. ¡Ven! ¡Ven!

Atontado, en efecto, sin fuerzas, sin voz, el padre de Jeanne fue violentamente arrastrado por el joven, quien, de una patada, abrió la puerta: un instante después, los dos estaban delante del cuarto de Jeanne... ¡La habitación estaba vacía...!

El señor de Piennes levantó al cielo sus brazos, en un gesto de maldición, y su clamor desesperado, parecido al grito de un hombre al ser degollado, atravesó como un lamento el silencio de la noche.

Luego se inclinó, gimiendo, y, tambaleante, apoyándose en la pared, logró regresar a la sala.

Se dejó caer en su gran sillón, como un roble fulminado por la tormenta.

Henri había desaparecido en la noche, del mismo modo que debió de desaparecer Caín en otro tiempo.

Jeanne de Piennes había caminado hasta la cabaña. No entró: necesitaba que las sombras de la noche cubrieran su rostro cuando hiciera su terna y temible confesión... Su vida y la vida del niño que llevaba en su seno se iban a decidir allí.

Sonó la primera campanada de la medianoche: a la vuelta del camino, a tres pasos de ella, apareció François...

Lo reconoció de inmediato y al instante estuvo entre sus brazos. El abrazo fue casi violento: en verdad se amaban con toda su alma.

—Amada mía —dijo entonces François de Montmorency—, tenemos los minutos contados esta noche. Un jinete acaba de llegar a la mansión, adelantándose en una hora a mi padre: es necesario que el condestable me encuentre en ella... Dime, pues, querida... Dime qué secreto te oprime. Sea lo que sea que tengas que confiarme, recuerda que quien te escucha es tu esposo...

—Mi esposo, François. ¡Oh! Me embriagas de felicidad... ¡Un esposo! ¿Lo dices de verdad?

—Tu esposo, Jeanne. ¡Lo juro por mi apellido, glorioso y sin mancha hasta hoy!

—Pues bien —dijo ella, toda temblorosa—, escucha...

Él se inclinó. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Iba a hablar... Buscaba las palabras para su confesión...

En ese momento, un alarido terrible, un horrible grito de agonía, rompió el silencio de las cosas...

François se sobresaltó.

—¡Es la voz de mi padre! —balbuceó Jeanne, espantada—. ¡François! ¡François! ¡Están degollando a mi padre...!

Y, soltándose de los brazos de su amante, echó a correr. En pocos segundos, estuvo delante de su casa y vio la puerta y la ventana abiertas. Un instante después, estaba en la sala: su padre temblaba en su sillón. Se arrojó sobre él, sacudida por los sollozos, y tomó su cabeza canosa en sus brazos...

—Padre mío, padre mío, ¡soy yo! ¡Soy tu Jeanne!

El anciano abrió los ojos y los clavó en su hija. ¡Qué mirada! ¡Qué terrible maldición cayó sobre la desdichada!

Ante aquella mirada, ella retrocedió dos pasos, medio enloquecida; no hicieron falta palabras entre ambos: ¡comprendió que él lo sabía todo! Se sintió condenada para siempre. Sus piernas cedieron. Cayó de rodillas. Dos lágrimas ardientes salieron de sus ojos.

E, inconsciente, se confesó:

—¡Perdón, padre! Perdón por haberlo amado, ¡por amarlo todavía...! Vamos, padre, no me mires así... ¿Es que quieres que tu pobre Jeanne muera de desesperación a tus pies...? No es culpa mía si lo amo... Una fuerza desconocida me arrojó a sus brazos... ¡Oh!, padre..., ¡si supieras cuánto lo amo...!

A medida que ella hablaba, el señor de Piennes fue enderezándose en toda su estatura.

Parecía un espectro...

Tomó a su hija de la mano y la levantó.

—Me perdonas, ¿verdad? Padre, ¡di que me perdonas!

Sin responder, él la condujo hasta el umbral de la casa, extendió el brazo hacia la noche, y pronunció:

—Vete, ¡yo no tengo hija...!

Ella se tambaleó. Un gemido agonizó en su garganta...

En ese momento, una voz se alzó de pronto, cálida, viril y sonora:

—Os equivocáis, señor mío. Todavía tenéis una hija. ¡Os lo jura vuestro hijo!

Al mismo tiempo, François de Montmorency apareció bajo el círculo de luz, mientras Jeanne soltaba un grito de desesperación y el señor de Piennes retrocedía balbuceando:

—¡El amante de mi hija...! ¡Aquí...! ¡Delante de mí! Ay, ¡es la suprema vergüenza de mi último día!

Tranquilo, sin un titubeo, François se inclinó.

—Señor mío, ¿queréis hacer de mí vuestro hijo? —repitió, casi arrodillado.

—¡Mi hijo! —balbuceó el anciano—. Vos, ¿mi hijo? ¿Qué estoy oyendo? ¡Esto es una burla sangrante!

François tomó las manos de Jeanne.

—Señor mío, tened la bondad de dignaros a hacer de vuestra hija Jeanne la legítima esposa de François de Montmorency —dijo con mayor firmeza aún.

—¡Legítima esposa...! ¡Estoy soñando! Acaso ignoráis... Vos..., el hijo del condestable...

—¡Lo sé todo, señor mío! Mi matrimonio con Jeanne de Piennes reparará todas las injusticias, borraré todos los males... Estoy esperando, padre mío, a que decidáis la suerte de mi vida...

Una alegría inmensa inundó el alma del anciano, y ya estaban por asomar a sus labios palabras de bendición cuando un pensamiento devastador atravesó su cerebro:

«¡Este hombre ve que me estoy muriendo! Y, muerto yo, ¡se reirá de mi hija como se está riendo de su padre!».

—Decidid, señor mío —insistió François.

—Padre, mi venerado padre —suplicó Jeanne.

—¿Queréis casaros con mi hija? —preguntó entonces el anciano—. ¿Eso queréis? ¿Cuándo...? ¿Qué día...?

El joven comprendió lo que sucedía en el corazón de aquel moribundo. Un rayo de masculina y tierna lealtad iluminó su frente. Y le respondió:

—¡Mañana mismo, padre mío! ¡Mañana mismo...!

—¡Mañana! —dijo el señor de Piennes—. ¡Mañana estaré muerto!

—Mañana vivirá... y por mucho tiempo más, para bendición de sus hijos.

—¡Mañana! —refunfuñó el anciano con inmensa amargura—. ¡Será demasiado tarde! Se acabó... Me estoy muriendo. Y muero maldito... ¡y desesperado!

François miró a su alrededor y vio que los sirvientes de la casa, una vez despertados, se habían congregado allí.

Entonces, un pensamiento sublime se apoderó de él.

Tomando del brazo a la abrumada joven, hizo seña a dos sirvientes para que agarraran el sillón sobre el que agonizaba el señor de Piennes, y con voz solemne, vibrante de ternura, ordenó:

—¡A la iglesia! —Y añadió—: Padre mío, es medianoche. Vuestro capellán puede decir su primera misa..., la de la unión de las familias Piennes y Montmorency.

—¡Oh, estoy soñando...! ¡Estoy soñando...! —repetía el anciano.

—¡Al altar! —repetió François bien alto.

Entonces, el corazón del viejo capitán cedió.

Algo parecido a un gemido hizo temblar su pecho, pues las grandes alegrías arrancan gemidos profundos.

Un suspiro de gratitud infinita, exaltada, sobrehumana, lo sacudió por entero.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y su mano lívida se tendió hacia aquel noble hijo de la estirpe maldita.

Diez minutos más tarde, el cura estaba ya oficiando en el altar de la pequeña capilla de Margency. En la primera fila permanecían de pie François y Jeanne.

Detrás de ellos, en el mismo sillón sobre el que lo habían transportado, estaba el señor de Piennes. Y, todavía más atrás, dos mujeres y tres hombres, gente de la casa, hacían de testigos de aquella trágica boda.

Pronto, los anillos fueron intercambiados y las manos estremecidas de los amantes se entrelazaron.

Luego, el oficiante murmuró una bendición:

—François de Montmorency, Jeanne de Piennes, en nombre del Dios vivo, estáis unidos para siempre...

III

La gloria del apellido

Una hora más tarde, François penetraba en la mansión de Montmorency... Había dejado a su joven esposa toda llorosa en manos de su nodriza, confidente de sus amores. Tras estrechar a Jeanne entre sus brazos, le había dicho que estaría de regreso a su lado al final del día, en cuanto hubiera saludado a su padre, de cuya llegada había traído noticia un jinete.

En cuanto entró en la sala de armas, vio al condestable Anne de Montmorency sentado en un magnífico sillón situado sobre un podio de tres escalones, bajo un palio de terciopelo con flecos de oro sostenido por lanzas.

La inmensa sala estaba iluminada por doce candelabros de bronce, cada uno provisto de doce antorchas de cera. Las paredes estaban cubiertas de tapices enormes sobre los que brillaban pesadas espadas y fulguraban las dagas.

Estas panoplias enmarcaban una docena de retratos. Y, sobre el panel situado frente al trono, se veía el retrato de su primer antepasado, aquel Bouchard de rasgos duros que, por un momento, tuvo en sus violentas manos la corona de Francia. Armaduras, corazas, brazaletes y cascos con penachos refulgían al pie de aquellos cuadros, y tal parecía que los ancestros fueran a bajarse de ellos para volver a vestirlos.

Sobre su trono, el viejo condestable, blindado, cubierto de acero, con su casco en manos de un paje cerca de él y las suyas apoyadas sobre una formidable espada de doble filo, tenía el ceño fruncido. Cincuenta capitanes esperaban inmóviles y en silencio a su lado.

Él mismo parecía uno de aquellos antiguos guerreros que decidían el desenlace de las grandes batallas. Desde Marignan, donde François I

lo había abrazado, hasta Burdeos, donde él había masacrado a los hugonotes y salvado la religión, ¡cuántos golpes terribles había propinado!

Hacia dos años que François no veía a su padre. Se acercó hasta el pie del trono.

Junto al trono estaba Henri, que había llegado hacía un cuarto de hora. Se le veía lívido y tembloroso.

¿En qué pensaba ese hombre de veinte años?

¿Qué confusos y funestos pensamientos fratricidas rondaban amenazadores su mente, como nubes sombrías en un cielo de tormenta?

François de Montmorency, que no vio la mirada inyectada en sangre de su hermano, hizo, con gran respeto, una reverencia delante del jefe de su familia.

El condestable, al ver la complexión fuerte de su primogénito y su vigorosa estatura, sonrió: ésa fue su sola efusión paternal.

Entonces, sin gesto alguno, habló, tranquila y terriblemente:

—Escuchadme. Ya sabéis del desastre que ha sufrido el emperador Carlos V ante los muros de Metz, el pasado mes de diciembre. El frío y la enfermedad han diezmado en pocos días su gran ejército de sesenta mil hombres armados y a sus jinetes mercenarios alemanes... ¡Todos pensamos entonces que aquello era el fin de su Imperio! Destruído el español, aplastados por mí los hugonotes en el país de la lengua de oc, la paz parecía asegurada; y su majestad Henri II ha pasado toda esta primavera entre fiestas, bailes y torneos... Pero ¡el despertar ha sido terrible!

Y, con voz apagada, el condestable agregó:

—Sí, los elementos, que a veces intervienen para dar a los conquistadores terribles lecciones, han infligido a Carlos V una memorable derrota. Sí, el emperador lloró al abandonar sus cuarteles, dejando veinte mil cadáveres, quince mil enfermos y ochenta piezas de artillería... ¡Pero resulta que ha levantado cabeza! ¡Está avanzando! ¡Se nos viene encima!

François escuchaba a su padre con un estremecimiento de angustia. Henri, con los brazos cruzados y mirada sombría, tenía los ojos clavados en su hermano.

El condestable paseó su mirada de águila sobre sus capitanes, y prosiguió:

—Ayer, a las tres, nos llegó la primera noticia: ¡el emperador Carlos V se dispone a invadir la región de Picardía y la de Artois! Ese hombre de hierro ha reconstruido su gran ejército. Y, en este mismo momento en que os estoy hablando, un cuerpo de infantería y de artillería se dirige a marcha forzada hacia Théroouanne. Escuchadme todos, la caída de Théroouanne significa la invasión de Francia, ¡habéis oído bien! He aquí lo que su majestad y yo hemos decidido: mi ejército está concentrado cerca de París y partirá dentro de dos días. Pero, mientras tanto, un destacamento de dos mil jinetes va a correr a Théroouanne, se va a encerrar allí y va a luchar hasta la muerte para detener al enemigo.

—¡Hasta la muerte! —rugieron los capitanes, mientras un estremecimiento sacudía los penachos de sus cascos, como una ráfaga de tormenta.

—Ahora bien —continuó el condestable—, para esta arriesgada expedición hace falta un jefe joven, indomable, temerario. ¡Ya he elegido a ese jefe! François, hijo mío, ¡eres tú!

—¿Yo? —exclamó François, titubeante, con un grito de desesperación.

—¡Tú! Sí, tú, que vas a salvar a tu rey, a tu padre y a tu país a la vez... Ahí están los dos mil jinetes. ¡Toma tus armas! ¡Partes en un cuarto de hora! Ve y no te detengas hasta Théroouanne, ¡donde habrás de vencer o morir...! Henri, ¡tú te quedarás en el castillo y lo podrás en estado de defensa!

Henri se mordió los labios hasta la sangre, para ahogar un rugido de alegría feroz.

«¡Jeanne es mía!», proclamó en lo más hondo de sí mismo.

François, lívido, dio un paso, y con voz entrecortada exclamó:

—¡Yo, padre mío! ¡Cómo que yo!

Con mirada aturrida y el alma estremecida, tuvo la atroz visión de Jeanne..., de su esposa..., abandonada..., llorando a los pies de su cadáver..., sin consuelo..., ¡sola en el mundo!

—¡Yo! —repitió—. ¡Qué horror...! ¡Imposible!

El condestable frunció el ceño, y con voz ronca, metálica, dijo:

—¡A caballo, François de Montmorency! ¡A caballo!

—Padre mío, ¡escúchame...! ¡Dos horas! ¡Una hora! ¡Te pido una hora! —gritó François, retorciéndose las manos.

El condestable Anne de Montmorency se irguió cuan alto era. Una cólera espantosa hacía temblar sus mejillas. Sus palabras cayeron implacables sobre el silencio:

—¡Veo que discutes las órdenes del rey y de tu jefe!

—¡Una hora, padre mío! Una hora... ¡Y correré hacia la muerte!

El viejo jefe militar, todo cubierto de acero, bajó los peldaños de su trono.

Y estalló:

—¡Por los truenos del cielo! Una palabra más, François de Montmorency..., una sola..., y por la gloria del apellido que llevas que te detengo con mis propias manos.

Con una voz atronadora, que hizo temblar a los presentes con un entrechocar de armaduras, el condestable prosiguió:

—¡Que me parta un rayo si blasfemo! En cinco siglos, ¡eres el primero de mi estirpe que duda en morir!

La afrenta era formidable. A François sólo le quedaba matarse delante de aquella concurrencia de guerreros cuyos corazones, como sus pechos, parecían recubiertos de acero.

Con una violenta sacudida, levantó la cabeza. Todo había desaparecido de su mente: amor, esposa, sueños de felicidad. Sus ojos se clavaron en los de su padre. Y el rugido de sus palabras ahogó las palabras del viejo jefe:

—¡Que un rayo parta a quien haya podido decir alguna vez que un Montmorency retrocede! Por la gloria de mi apellido, obedezco, padre mío. ¡Parto! Pero, si regreso vivo, señor condestable, tendremos una terrible cuenta que ajustar. ¡Adiós!

Con paso firme, atravesó las filas de unos capitanes espantados por aquella insólita provocación de marcarle un encuentro al todopoderoso señor de los ejércitos, ¡a su padre!

Al llegar a la puerta, se le escuchó ordenar con frases breves y roncacas:

—¡Mi asistente! ¡Mi corcel de guerra! ¡Mi espada de batalla!

Todos, con las miradas vueltas hacia el condestable, esperaban la orden de arresto.

Pero una extraña sonrisa distendió los labios del jefe, y quienes estaban cerca de él lo escucharon murmurar:

—¡Es un Montmorency!

Diez minutos más tarde, François estaba en el patio de honor, con su armadura, equipado, presto para montar a caballo. Se volvió hacia un paje y ordenó:

—¡Mi hermano Henri! Que vayan a llamar a mi hermano.

—¡Aquí estoy, François!

Henri de Montmorency apareció bajo la luz de las antorchas. Y, con esfuerzo, añadió:

—Venía a despedirme y desearte suerte... ¡puesto que he de quedarme!

François tomó su mano, sin percatarse de que aquella mano ardía de fiebre.

—Henri —le dijo—, ¿eres de verdad un hermano para mí?

Henri se estremeció, se sonrojó, balbuceó:

—¿Qué te hace dudar?

—¡Perdóname! ¡Sufro tanto! Vas a entenderme. Parto, Henri, quizá para no regresar... y dejo tras de mí un inmenso desamparo...

—¿Un desamparo?

—¡Una desdicha! Escúchame y pon tu alma en ello, porque de tu respuesta va a depender mi suprema resolución. Tú conoces a Jeanne..., la hija del señor de Piennes...

—La conozco —respondió sordamente Henri.

—Pues bien, ahí está la desdicha... Parto... ¡y Jeanne y yo nos amamos!

Henri ahogó un rugido de rabia.

—Calla —continuó François—. Escúchame hasta el final. Hace seis meses que nos amamos, hace tres que somos el uno del otro, hace dos horas que ella se apellida Montmorency... ¡como yo!

Una especie de gemido arañó la garganta de Henri. ¡Como si él no lo supiese, como si no lo hubiera visto!

—No te asombres —prosiguió François febrilmente—. ¡No exclames! Ella misma te contará mañana que el capellán de Margency nos ha unido esta noche. ¡Pero eso no es todo! En este momento, Jeanne llora junto a un cadáver: ¡el señor de Piennes ha muerto! Muerto en la misma iglesia, hace nada, tras dirigirme una última mirada con la que me ordenaba cuidar de la felicidad de su hija. ¡Y eso sigue sin ser todo! ¡El

dominio de Margency vuelve a la casa del condestable! Oh, Henri, Henri, ¡es terrible! Dejo a Jeanne sola en el mundo, sin defensa ni recursos, ¿me has oído?, ¿me comprendes?

—Te oigo... ¡Te comprendo!

—Hermano, escúchame bien ahora. ¿Aceptas el encargo que voy a hacerte? ¿Me juras cuidar de la mujer que amo y que lleva mi apellido?

Henri se estremeció profundamente, pero respondió:

—¡Te lo juro!

—Si la guerra me perdona, encontraré a mi esposa en la casa de su padre, sin que haya sufrido en mi ausencia. Porque serás tú quien la proteja y defienda. ¿Me lo juras?

—¡Te lo juro!

—Si sucumbo, revelarás este secreto al condestable y le impondrás la voluntad de tu hermano muerto: que mi parte del patrimonio deje para siempre a mi viuda a salvo de la pobreza, y le dé una existencia digna. ¿Me lo juras?

—¡Te lo juro! —respondió Henri por tercera vez.

François lo estrechó entonces entre sus brazos, diciendo:

—Está bien. ¡Ahora puedo partir!

Y, poniendo toda su alma en estas palabras, pronunció lentamente:

—Lo has jurado... ¡Recuérdalo!

Apenas estuvo sobre la silla, se puso a la cabeza de los dos mil jinetes reunidos sobre una explanada, una confusa masa oscura erizada de sables.

Por un momento, François se volvió hacia Margency.

¡Y lloró!

Pues este primogénito de una estirpe guerrera tenía un corazón vibrante de juventud y amor.

Lloró y, a través de sus lágrimas, su mirada esculcó entre las tinieblas para posarse por última vez sobre el techo que abrigaba a su amada.

Pero la noche era profunda, el valle estaba oscuro y el burgo, invisible. Murmuró:

—Adiós, Jeanne, ¡adiós!

Y de inmediato, alzando el brazo y con una tan voz retumbante y desesperada que hasta el viejo Montmorency debió de escuchar desde el fondo de su castillo, gritó:

—¡Adelante! ¡Hasta la muerte!

Entonces, la masa de jinetes se puso en marcha con un trote pesado, se desplazó con un gruñido de tormenta y se alejó rumbo al horizonte oscuro, con sus antorchas rojas, sus destellos de acero y el soniquete de las armas, como un misterioso meteoro que pasara en la noche.

El condestable, desde lo alto de su porche, escuchó aquel ruido de avalancha, que se alejaba...

Cuando éste hubo desaparecido, soltó un profundo suspiro y, montando a su vez sobre su caballo, tomó el camino de París...

Henri se quedó solo.